

NOELIA AMARILLO

LOS
SECRETOS
DE TU
CUERPO



*Los secretos
de tu cuerpo*

Noelia Amarillo

Esencia/Planeta

© Noelia Amarillo, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Imagen de la cubierta: Torwaistudio / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: mayo de 2022
ISBN: 978-84-08-25777-6
Depósito legal: B. 5.685-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Romero en invierno





Llegamos al primer capítulo de esta historia y solo puede comenzar así:

Érase una vez que se era tres hermanas que vivían en relativa armonía en un complejo hípico. No. No eran caballos, o yeguas en este caso. Eran mujeres.

La mayor, Betania, era la más seria y responsable. Dura y de rasgos severos, era capaz de silenciar a cualquiera —excepto a sus hermanas— con una sola mirada. Sobre sus hombros recaía la estabilidad y la sostenibilidad de la empresa familiar, que, como no podía ser de otra manera viviendo donde vivían, era una escuela de equitación.

La pequeña, Sinaí, era la más hermosa. También la más salvaje y conflictiva. Nada era lo suficientemente arriesgado para ella y no existía ninguna norma que no estuviera dispuesta a romper. Era feroz e independiente y solo tenía una debilidad, sus caballos, con los que se llevaba mejor que con la mayoría de las personas.

Y, por último la mediana, Moría. No era la más guapa ni la más inaccesible. Tampoco la más atrevida ni la más sobria. Era... la prudente e invisible Mor. Poseedora de una inteligencia empática de la que pocos se percataban. La amiga comprensiva a la que todos cuentan sus penas pero que nadie recuerda invitar a fiestas.

No obstante, y a pesar del rollo que os he soltado, esta historia no empieza con estas tres hermanas, sino con un caballo. Un viejo rocín

que está a punto de ser desterrado de su hogar para acabar, tal vez, en el matadero.

Sábado, 22 de enero

—No seas cabezota, papá, nadie quiere ese penco. Es demasiado viejo, no vale para trabajar y está tuerto. Lo mejor es dárselo a mi amigo Pablo...

—¡He dicho que no! —estalló el viejo aferrándose al cuello del caballo blanco—. No vas a llevar a *Romero* al matadero.

—Nadie ha dicho nada de llevarlo al matadero —replicó el hijo bajando la mirada, porque lo cierto era que Pablo no existía y que el matadero era el destino final de *Romero*.

—Seré viejo, pero no soy idiota. No tienes ningún amigo con una finca en la que podamos dejar a *Romero* —profirió el anciano malhumorado.

—Pues ya me dirás qué hacemos con él, papá. En mi piso no puede estar... Y te recuerdo que mañana te mudas con nosotros.

—Entonces me quedaré en mi casa con mis papás. Ellos cuidarán de mí y de *Romero* —sentenció el anciano haciendo aspavientos para apartarlo.

El hijo lo miró atormentado, los mentados llevaban años muertos y, sin embargo, su padre en ocasiones creía que estaban vivos y vivían con él. E iría a peor. No podía seguir viviendo solo en esa finca. Por eso iba a llevarlo consigo. Su padre lo comprendía cuando estaba lúcido y había accedido a ello, pero con una condición: que buscaran un hogar para *Romero*. Y eso era imposible. Nadie lo quería, y sufragar un establo era inviable, por lo que la mejor solución era sacrificarlo. Pero su padre se oponía. Y él lo comprendía. Cómo no hacerlo. Ese caballo tuerto llevaba toda la vida acompañándolo en sus momentos felices y confortándolo en los más tristes. Había sido su lomo sobre el que lloró la muerte de su mujer y su hocico el que le frotó el pecho aliviándole la soledad.

—Papá...

—Me dijo que vendría, que le interesaba *Romero* y lo quería —afirmó el anciano.

—No es que dude de ti —mintió el hijo. No sería la primera vez que su padre afirmaba algo que resultara ser mentira—. Pero tal vez lo haya pensado mejor.

—Dijo que vendría y vamos a esperar —porfió abrazándose al caballo. Este se mantuvo quieto, consciente de las inestables piernas del anciano y su precario equilibrio, y bajó la cabeza, posándola con cariño sobre la curvada espalda del humano.

—Pero solo hasta mañana. Si para entonces no ha venido, lo llevaremos con Pablo —insistió en la mentira. Su padre estaba perdiendo la memoria, ¿por qué hacerlo sufrir diciéndole la verdad si tal vez al día siguiente ni siquiera recordaría que tenía un caballo?

—No me fío de ese tal Pablo —señaló el anciano—. Quiero que se lo quede la chica.

—Está bien, papá. Si ella no viene, la llamaré y se lo llevaré yo —accedió con una nueva mentira. Lo que fuese con tal de que se fuera con él sin sufrir por el viejo caballo.

El anciano sonrió encantado al saber que *Romero* quedaría en buenas manos, pero no por eso se separó de él. Les quedaba poco tiempo juntos y quería aprovecharlo.

En ese mismo momento, no se sabe exactamente dónde, una mujer mira disgustada su teléfono móvil.

—¿Tenías que quedarte sin batería ahora? ¿En serio? —le reclamó malhumorada.

Abrió la guantera del coche esperando encontrar algún cable con el que cargarlo al enchufe del mechero. En lugar de eso encontró tabaco de liar, papel para cigarrillos, un mechero, una caja de condones y una bolsita de maría, todo propiedad de su hermana Sin. Requisó la bolsita. No quería ni pensar en el drama que montaría Beth si descubría marihuana en el coche. Siguió buscando y encontró bolígrafos, un cuaderno, un paquete de clínex y un neceser con toallitas húmedas, tiritas, gasas, paracetamol, compresas, tampones y un cepillo propiedad sin lugar a dudas de su previsorá hermana Beth.

Lo que no había por ninguna parte era un cable para el móvil. ¡Genial! Podía follar segura, colocarse con maría y curarse cualquier herida, pero no podía cargar el móvil.

Escrutó el interminable páramo que la rodeaba buscando alguna casa en la que pedir indicaciones. Su destino no podía estar muy lejos. De hecho, debería haber llegado hacía un par de horas, pero ella no era Sin y se le daba de pena conducir, sobre todo si llevaba a remolque el *van*.¹ Miró indignada el desleal móvil, agarró con fuerza el volante y aceleró. Podía encontrar esa finca perdida de la mano de Dios. E iba a hacerlo.

Tiempo después, tras mucha angustia y no pocos ruegos a todos los dioses habidos y por haber, o al menos a todos los que se le ocurrieron, paró junto a una casona.

Lo primero que oyó al apearse fue el vibrante relincho de un caballo.

Una sonrisa brotó de sus labios, la desazón sustituida por la alegría. Su caballo estaba esperándola. Porque esta vez tenía que haber acertado. No podía equivocarse de nuevo. Una vez era normal, dos una molestia, tres demasiado, pero ¡cuatro sería un horror! Si sus hermanas se enteraran se reirían de ella por los siglos de los siglos.

Se adentró en el pasto esmeralda a la vez que el sol se ocultaba en el horizonte y, bajo el último y afilado rayo, vio al caballo. Un tordo de pelo blanco, ojos castaños y metro y medio de alzada que pastaba tranquilo mientras un anciano lo cepillaba.

—Buenas noches, señorita —la saludó un hombre, quizá el hijo del abuelo.

—Buenas noches. Disculpe que haya entrado sin llamar, pero al ver este caballo tan magnífico se me ha olvidado hasta la educación.

El hombre la miró con incredulidad, luego al rocín y de nuevo a ella. ¿Magnífico? ¿Romero? O la chica veía mal de narices o como estaba anocheciendo no podía apreciar la decrepitud del caballo.

1. Remolque para caballos.

—¿Y esta quién es? —inquirió con desconfianza el viejo, que cepillaba al animal.

—Buenas noches. Eres Manuel, ¿verdad? —Se le acercó, en sus labios una sonrisa afable—. Soy Moría Sastre. Hemos hablado esta mañana. —Le tendió la mano y el hombre la tomó con un destello de reconocimiento en los ojos—. Me había dicho que era un buen caballo... Pero es más que eso, es maravilloso —afirmó acariciándole el lomo.

Romero cabeceó y se giró para mirarla con su único ojo sano. Ella, en respuesta, se colocó a su lado derecho para que pudiera verla bien, pues los caballos no ven de frente. Le acarició la quijada y deslizó la mano por la cruz para frotársela con los nudillos.

La expresión de *Romero* pasó de ser recelosa a relajada y alegre.

—Te gusta, ¿verdad que sí, *Romero*? Qué nombre más bonito para un caballo tan bonito —dijo sonriente—. Y eres muy dócil. —Llevaba toda la vida trabajando con equinos, sabía reconocer un temperamento tranquilo con solo verlos.

—Manso como un niño de teta, ya se lo dije —intervino el anciano, encantado al ver que la chica que se iba a llevar a su amigo era buena gente.

—Es perfecto para su nuevo trabajo —sentenció encantada.

—¿Va a hacerlo trabajar? No puede. Es muy mayor. Le prohíbo que lo use para trabajar —exigió el anciano malhumorado apartándola del caballo.

—Papá, ¡por favor! —El hijo lo retuvo antes de que volviera a empujarla—. Claro que no lo va a hacer trabajar, ¿a que no? —le reclamó la mentira. Ella era su última oportunidad de librarse del caballo sin llevarlo al matadero, y no pensaba desperdiciarla.

—Pues la verdad es que sí va a trabajar. Va a hacer el trabajo más bonito que puede hacer un caballo. —Mor se acercó al anciano y le tomó las manos—. Va a ayudar a los niños. Les va a dar alas.

—¿Cómo? —inquirió el abuelo receloso.

—Siendo mi ayudante —afirmó afable—. Soy fisioterapeuta con másteres en neurocontrol motor y atención temprana, me he formado en intervenciones terapéuticas asistidas con caballos y quiero montar mi propio equipo. Romeo será mi ayudante y su

cometido será dar paseos a niños con trastornos neurológicos. Algunas veces será sus piernas, otras sus alas y siempre, su amigo. Tendrá que ser bueno y paciente, darles confianza y quererlos mucho, y ellos lo querrán todavía más. Creará un vínculo de cariño con ellos y canalizará sus sensaciones hacia el tratamiento de sus patologías. Lo que significa que va a hacer a los niños muy felices, y esa felicidad me permitirá trabajar con ellos para mejorar sus vidas.

El hombre guardó silencio procesando todo lo que acababa de oír. Una lenta sonrisa acudió a sus labios cuando se giró hacia su caballo.

—Vaya, *Romero*, si resulta que vas a ser todo un héroe a tu edad.

—Le palmeó la grupa—. Te van a tratar muy bien.

—Más que bien. Es imprescindible en el equipo. Tiene que estar feliz, cómodo y en perfecto estado para estar al cien por cien con los niños.

—Ya lo ves. Te vas a un buen lugar. Con muchos niños, con lo que te gustan a ti. —Descansó la cabeza en el costado del caballo y la frotó contra él.

Mor le pasó las manos por los hombros y le dio un cariñoso masaje.

—Lo van a adorar.

Esa misma noche, bien entrada la madrugada, una mujer pasea nerviosa de extremo a extremo de la tapia de una escuela ecuestre que en el piso superior alberga su hogar, también el de sus hermanas y su madre. Un observador avisado pensaría que está cabreada. Y no se equivocaría.

Beth miró por enésima vez el reloj del móvil y marcó el número al que llevaba llamando desde hacía demasiadas horas para su tranquilidad mental.

—Voy a matarla —musitó cuando oyó de nuevo el mensaje que le advertía que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura—. Despacio y con alevosía.

—Eso quiero verlo —resopló Sin—. Como mucho le pegarás la bronca y, con lo pesada que te pones, será ella quien se plantee pegarse un tiro para acabar con la agonía de oírte —se burló a la vez que rascaba la tripa de la perra tumbada a sus pies.

—¿No tienes nada mejor que hacer que estar aquí molestándome? —increpó Beth a su hermana pequeña.

—Pues la verdad es que sí, había pensado ir a la taberna a joder con un par de motoristas del Infierno, ya sabes cómo me ponen los tíos con chupas de cuero que apestan a gasofa, pero es más divertido verte caminar de arriba abajo como alma en pena mientras esperas a Mor. Con todo el ejercicio que estás haciendo, se te va a poner el culo tan duro y apretado que nadie va a ser capaz de follártelo —ironizó liándose un cigarrillo.

—¿Tienes que ser tan grosera, Sin? —le reclamó Beth olvidando por un instante la preocupación por su hermana mediana.

—Solo soy sincera. —Sonrió lobuna—. Además, que tengas el culo duro no significa que no lo tengas bonito, al contrario. Estoy segura de que más de uno querría inaugurarlo.

Beth paró en seco su frenético deambular y observó furiosa a la salvaje rubia que, sentada en una piedra de aspecto fálico, aparentaba ser la viva imagen de la indolencia. Solo la manera en que apretaba el cigarrillo y la ingente cantidad de colillas que rodeaban sus pies calzados con botas militares evidenciaban que no estaba tan calmada.

—Pues se quedarán con las ganas —replicó tranquilizándose. Cada una expresaba la angustia a su manera. Ella paseando de un lado a otro, Sin siendo más inicua de lo habitual—. Ve a acostarte, es estúpido que estemos las dos en vela. Mañana los caballos querrán desayunar a la misma hora de siempre hayamos dormido o no.

—No me jodas, Beth, aún no he follado, es imposible que me duerma si antes no me canso un poco —señaló escrutando la noche, ansiosa por captar cualquier indicio de que un coche transitaba el accidentado camino de la Venta la Rubia. Pero no vio nada—. Si no la matas tú, la mato yo. —Tiró el cigarrillo a medio fumar y lo pisó con saña. La perra se asustó por su brusco ademán y lanzó un lloroso ladrido.

—Chicas, ¿no podéis hablar un poco más bajo? Así no hay quien duerma —les reclamó su madre desde su habitación.

Las hermanas alzaron la vista al piso superior de la escuela, más exactamente a la ventana a la que se asomaba una mujer que superaba las cinco décadas de vida. Alta y estilizada, su lacia melena rubia surcada de canas le tocaba la cintura y sus ojos castaños casi desaparecían bajo el tupido flequillo que enfatizaba su nariz gancheda. Su mirada era tranquila, sin la sombra de la preocupación que opacaba la de sus hijas.

—Ponte tapones, así no nos oirás, Nini —le espetó Sin, quien hacía años que había dejado de llamarla «mamá».

—Tienes razón, cielo, no lo había pensado. Eres una chica muy lista —aceptó sonriente Nínive antes de entrar de nuevo y cerrar la ventana.

—¿Cómo lo hace, joder? —gruñó Sin—. ¿Cómo puede estar tan tranquila?

—Es su carácter —señaló Beth, quien a sus treinta y cinco años ya tenía más que asumida la imperturbabilidad despreocupada de su madre.

—Su carácter..., y una mierda... —Sin ni asumía ni aceptaba. Sus indómitos veintidós años y el carácter heredado de su padre se lo impedían.

—Sin...

—Déjame en paz, Beth.

—Viene un coche.

Eso la hizo saltar de la piedra y fijar la mirada en los puntos de luz que recorrían despacio la vía pecuaria llena de baches que llevaba al complejo hípico.

—Seguro que es ella —afirmó Beth esperanzada.

—Tiene que serlo, solo a Mor se le ocurriría recorrer ese camino de mierda en la oscuridad con las luces cortas. ¡Le he dicho mil veces que cuando sea de noche venga con las largas! —explotó aliviada al reconocer la silueta del *van* tras el coche.

Esperaron impacientes a que recorriera el último tramo y se parara frente al edificio que era tanto la escuela en la que trabajaban como la casa en la que vivían.

—Siento llegar tan tarde —se disculpó Mor apeándose. Nada más pisar tierra, *Seis* saltó sobre sus tres patas y Mor la tomó en brazos—. Me ha llevado más tiempo del que pensaba ir a por mi caballo. Para colmo de males, se me ha olvidado cargar el móvil y me he quedado sin batería a mitad de camino, por lo que me he perdido —explicó.

—¿Tu caballo? —Beth ignoró el resto de su discurso. Por supuesto que se había perdido. Siempre lo hacía.

—¿No os he hablado de *Romero*? —Cogió una cabezada del asiento trasero.

—No. No lo has hecho —señaló Beth con su voz de generala ofendida.

—Vaya, pensaba que sí. —Evitó su mirada mientras desenganchaba el *van*.

—Moriá...

—La has jodido, hermanita —se burló Sin. Que Beth usara sus nombres completos siempre era un mal presagio.

Mor las ignoró mientras extendía la pasarela del remolque. Abrió la puerta.

—¿Qué tal el viaje, muchacho? —Subió al *van* y *Seis* la esperó saltarina en el suelo—. Te has portado como un valiente, así que te has ganado una superzanahoria. —Le rascó la testa y el caballo sacudió feliz las crines—. Pero antes tenemos que bajar, ¿vale? —Le puso la cabezada y dio un suave tirón instándolo a seguirla.

Romero fue tras ella confiado y, al pisar tierra, miró curioso a *Seis*, que no dudó en ladrarle un amistoso saludo a la vez que meneaba el rabo a mil por hora.

—Moriá..., ¿de dónde has sacado ese caballo? —exigió Beth observándolo con ojo crítico. No había que ser un lince para ver que no era lo que se dice joven. Ni fuerte.

—Me lo ha regalado un anciano.

—¿A las dos de la madrugada?

—¡Claro que no! He llegado a su casa al anochecer, pero he pasado un buen rato charlando con él mientras me explicaba cómo cuidar a *Romero*.

—¿Qué? —gruñó Sinaí. Habían nacido entre caballos, no nece-

sitaban consejos—. ¿Nos has tenido en vilo por perder el tiempo con un viejo? No me jodas, Mor.

—No seas borde, Sin. Esta preciosidad es su mejor amigo y me lo ha regalado a mí, una desconocida. No me costaba nada escucharlo y que se quedara tranquilo conociéndome un poco.

—Te ha costado llegar a casa a las dos de la madrugada —repuso Beth lacónica.

—Pero eso no ha sido culpa suya, sino mía, ya te he dicho que me he perdido...

—¡Eso no es excusa! —estalló Beth—. No puedes desaparecer y pretender que no ha pasado nada. ¿Te haces una idea de lo preocupadas que estábamos?

—Oh, vamos, Sin desaparece cada dos por tres y no te enfadas —la cortó con un resoplido que arrancó un ladrido aquiescente a la perra.

—Eso es porque os tengo bien enseñadas —se burló la rubia subiéndose a su moto.

—¿Adónde vas? —le reclamó Beth.

—A buscar a alguien con quien pegar un polvo. No te preocupes, llegaré a tiempo para dar el desayuno a los caballos. —Se marchó quemando ruedas.

Beth apretó los dientes conteniendo todo lo que deseaba decir y se giró hacia Mor, quien la miraba con una ceja enarcada.

—Tú no eres Sin —afirmó sin más.

Y Mor oyó con claridad lo que Beth callaba. Ella no era fuerte como Sin, no sabía defenderse ni era dura e ingobernable. Era tranquila, prudente y no daba problemas.

—Podría serlo —replicó combativa.

—¡Dios no lo quiera! No podría soportarlo. —Beth acarició distraída la testa de *Seis* mientras estudiaba suspicaz a *Romero*—. ¿Para qué se supone que queremos un caballo viejo y tuerto? No vale para dar clases, y para los paseos ya tenemos los ponis...

—Va a ser mi ayudante.

Beth miró al cielo pidiendo paciencia.

—Habíamos quedado en que no ibas a trabajar aquí... —le reclamó enfadada.

Mor era la única de las tres que tenía un trabajo estable por el que le pagaban puntualmente cada mes, en lugar de estar esclavizada desde el alba hasta el ocaso para, dependiendo del clima, la suerte y los alumnos, llegar a fin de mes.

—No voy a dejar el colegio —se apresuró a tranquilizarla Mor.

—Gracias a Dios.

—Pero solo trabajo por las mañanas, así que tengo tiempo para dedicarme a lo que me gusta. Y si no funciona, no pasa nada, porque *Romero* me ha salido gratis y la cuadra es nuestra.

—El heno, el pienso y la avena no son gratis. La viruta para la cama y el veterinario tampoco —señaló refiriéndose a que gratis, lo que se dice gratis, no saldría.

—Será un estupendo caballo de terapia —porfió Mor—. Manso, tranquilo, obediente.

Beth se mordió la lengua para no preguntarle sarcástica si había averiguado todo eso en las horas que había estado perdida.

Si Mor decía que el caballo era perfecto para terapia, lo era. Desde pequeñas, Sin y Mor habían mostrado mucha complicidad con los caballos. Sin poseía una intuición afilada, mientras que Mor tenía una afinidad especial con ellos.

—Tendrás que entrenarlo...

—No será complicado, tiene magníficas cualidades, solo hay que pulirlas. Y en cuanto empiece a trabajar dará beneficios —añadió.

Beth sonrió segura de que su hermana no pensaba tanto en los beneficios para el negocio familiar como en los que conseguirían sus niños.

—Mételo en un box y mañana, en cuanto te levantes, búscale un *paddock*.²

2. Pequeño prado vallado para un caballo.